PENSAMIENTOS MORALES

DE

DIVERSOS AUTORES CHINOS,

TRADUCIDOS DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO SEGUNDO.

CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de Aznar.
AÑO M.DCCC.II.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

AL LECTOR.

Solo en nuestros dias se ha pensado en hacer de la moral una ciencia fundada sobre un pequeño número de principios incontestables, cuyas conseqüencias, encadenadas las unas con las otras, fuesen igualmente demostradas.

Locke, creo yo, fué el primero que indicó este plan á los amigos de la humanidad. ¿Y qué hombre habria sido mas capaz de seguirle, que éste? pero por desgracia no lo hizo ocupado en otras meditaciones.

Para encontrar los verdaderos principios de nuestros deberes, y hasta la política, es menester buscarlos en las relaciones que ligan

el Soberano al vasallo, los ciudadanos á los conciudadanos, las naciones á las naciones, y el hombre al hombre.

Pero si á los antiguos puede negarse el elógio de haber hecho de la moral una ciencia, dicho así propiamente, á lo menos se deben admirar y meditar las bellas máxîmas que nos han trasmitido.

En recopilando con cuidado estas máxîmas separadas, se podrá llegar á fundar el verdadero sistema de la moral; así como uniendo una larga série de observaciones y experiencias, se podrá tambien despues de algunos siglos encontrar el verdadero sistema de la naturaleza.

Por esta razon debe ser el objeto de nuestro trabajo el buscar

entre las ruinas de la antigüedad los materiales con los quales pueda formarse algun dia un cuerpo completo de moral.

No es bastante, para seguir el pensamiento, haber recopilado en los libros de los Chinos las principales máxîmas de Confucio: los otros filósofos, que hacen consistir su gloria en ser contados entre sus discípulos, nos ofrecen todavía, despues de él, muchas riquezas. Hemos releído con atencion todas sus obras que han sido traducidas en latin, ó que el Padre Duhalde nos ha hecho conocer.

Hemos sacado tambien de otro depósito. Mr. Leontief, Secretario del Colegio de los negocios extrangeros de Rusia, ha vivido entre los Manjures, cuyos So-

beranos reynan hoy dia en la China. Este ha estudiado su lengua, y de ella ha traducido varias obras de moral compuestas por Emperadores, Ministros y Mandarines. Hemos extractado de esta recopilacion lo que debia entrar en nuestro plan.

Indicarémos en algunas notas las obras que hemos hecho contribuír á formar nuestra recopilacion.

El método que hemos seguido en nuestra traducion, es el mismo que formamos con respecto á los pensamientos de Confucio; pero hemos traducido literalmente los pedazos que nos ha suministrado Mr. Leontief, porque él mismo los ha traducido del Manjur, que por la forma y construccion se acerca mucho mas que la lengua China á las de Eu-

ropa, y en el qual se dice que los libros Chinos están fielmente traducidos (1).

---

(1) Sería de desear, dice el Padre Amiot, que algunos sabios de Europa estudiasen la lengua de los Mantchues (de este modo llamamos á los Manjures). No hay libro alguno bueno Chino que no haya sido traducido en esta lengua por sabios Académicos, y báxo los auspicios de los Soberanos. Estas versiones han sido tambien revisadas por otras Académias, cuyos miembros sabian perfectamente las dos lenguas. Bien se dexa conocer quan superiores deben ser semejantes traduciones del Chino, á las que emprehenden algunos Européos, los quales no saben jamás el idioma sino imperfectamente. La lengua de los Mantchues es de la misma forma que las nuestras: es clara, tiene

Dirán, puede ser, que hemos recopilado un gran número de máxîmas, que solo se dirigen á los Xefes de las naciones y á sus Ministros; pero meditense, y verán que son aplicables al hombre privado. El Monarca debe escoger sus Ministros: el particular, sus amigos, sus asociados, sus agentes, sus consejeros: el Príncipe está encargado del gobierno de un pueblo; y el particular de él de su familia.

Varios pensamientos que hemos conservado parecerán comu-

---

ne método y reglas: se han formado completos diccionarios de ella; y con aplicacion, se puede en menos de seis años hacer bastante progreso en ella para lograr la inteligencia de todos los libros.

nes y triviales. Puede ser que hubiesemos tenido la debilidad de borrarlos si hubiesen sido nuestros; pero habriamos hecho mal. ¡Se trata de exâminar bien en moral si los pensamientos son finos, sobresalientes, ingeniosos! ¿son verdaderos, son útiles? pues basta. Ellos son nuevos para tí, lector mio, si aun no los has practicado.



PENSAMIENTOS MORALES

DE

DIVERSOS AUTORES CHINOS.

I. (*)

Trata á los extrangeros con humanidad, instruye á tus vecinos, ayuda á los talentos, presta tu confianza á las gentes honradas, y corta toda comunicacion con los hombres corrompidos.

(*) De Chu-King, obra histórica, comprehendida en los libros clásicos del primer órden.

II.

Que una buena accion, aunque dudosa, no quede jamás sin recompensa.

III.

Lejos de despreciar al pueblo, tenle amor. Él es el fundamento del Estado. Si es sólido este fundamento, el Estado no se moverá.

IV.

Quando el fuego se arroja desde lo alto de un volcán, calcina indiferentemente el vil guijarro y la piedra preciosa. Un Ministro sin virtud es todavía mas destructor que los fuegos del volcán.

V.

Proteger los talentos, animar la virtud, recompensar la rectitud y la fidelidad, mantener la paz de las gentes de bien, animar á los flacos, calmar las disensiones, y castigar los crimenes: ve aquí lo que hace florecer un Estado.

VI.

El que sabe buscarse un Señor, es digno de reynar. El que sabe tomar consejo, es capaz de todo; pero es bien poca cosa el que cree bastarse á sí mismo.

VII.

Piensa antes de obrar, y nada comuniques sin haber consultado bien las circunstancias.

VIII.

Se ahogan las virtudes que se tienen, en creyendo tener bastantes; y se pierde el fruto de las buenas acciones, quando uno mismo las alaba.

IX.

Instruyendo á los otros, se ilustra uno á sí mismo. Aquel que se aplica á dar preceptos, hace él mismo progresos sin conocerlo desde luego.

X.

El Cielo estableció los Reyes para gobernar los pueblos y para instruírlos. Ellos son acá abaxo los Ministros de la Divinidad. Esta los ha colocado sobre la tierra para gobernar con dulzura, pa-

ra castigar el crimen y proteger la inocencia.

XI.

El desprecio desanima á los hombres, y abate su virtud.

XII.

El primer pensamiento de un sabio Monarca, no es el de abandonarse á los placeres. Se instruye desde luego de los trabajos que sufren los labradores: se hace dar cuenta de los afanes que se toman para sembrar y recoger; y en fin, quando sabe que las ricas cosechas han coronado sus esperanzas, entonces se entrega al sentimiento de una dulce alegría.

XIII.

Si han murmurado contra vos, si han hablado mal de vos, ¿de qué servirá el que os irriteis? Unios mas bien á vuestros censores; echaos vos mismo en cara las faltas que os imputan, y haced esfuerzos para ser mas virtuoso.

XIV.

¡O Legisladores! Vosotros, á quienes la prudencia y la sabiduría deben distinguiros del resto de los hombres, tened cuidado con las penas que decretais contra el crimen. Vuestras leyes una vez promulgadas, deben ser sostenidas. Sería muy perjudicial el dexarlas sin efecto; y sería atrocidad el executarlas, si fuesen inhumanas.

XV.

Hay cierta curiosidad de ver á un sabio: se le ve en efecto; y no nos aprovechamos de sus lecciones.

XVI.

No tengas aversion, ni desprecies á los entendimientos limitados: no exîjas que un hombre sea perfecto en todo.

XVII.

El que gobierna debe aplicarse á lo que haya de durar mucho tiempo despues de su exîstencia; y el que habla, á no decir mas que lo que sea necesario, y en pocas palabras.

XVIII.

Vosotros que presidiís el Gobierno, que estais encargados de la execucion de las leyes, ¿no ocupais el lugar del Cielo, para servir de pastores á los pueblos? Haced prudentemente una eleccion de personas que merezcan vuestra confianza: no castigueis con ligereza, y reflexîonad mucho tiempo antes de sentenciar; pero sobre todo, no busqueis hombres eloqüentes para juzgar á los culpados, sino sugetos justos, dulces y sincéros.

XIX.

No es dificil el reprehender en los otros lo que tienen de vicioso: la dificultad está en recibir bien las advertencias y re-

primendas agenas sin dexarlas correr como el agua.

XX. (*)

Una vez acostumbrado á la obediencia filial, es bien raro el desobedecer al Magistrado: y quando á éste se respeta, jamás se turba el Estado con facciones.

XXI.

¿Amas á los sabios y á los hombres honrados? ¿Respetas á tus padres? ¿Estás pronto á dar tu sangre por tu Rey y por tu Patria? Esto no basta todavía.

(*) De Lun-Yu, ó libro de sentencias comprehendido en los clásicos de segundo órden. De este depósito hemos sacado la mayor parte de los pensamientos de Confucio.

¿Conoces los deberes de la amistad? ¿Temes no observarlos? ¿Eres veráz en tus discursos, y hombre de buena fé en tus acciones? anda, que aunque no hayas hecho por otra parte estúdio alguno, yo te hallo un hombre muy sabio.

XXII. (*)

El pueblo en un tiempo de hambre experimenta todos los horrores de la necesidad, y no puede hallar socorro alguno en

(*) De Meng-tsu, autor de un libro clásico que tiene su nombre. Murió de 84 años, 348 antes de nuestra era, y es mirado como el segundo filósofo de la China. Su posteridad subsiste todavía, y goza de grandes privilegios en la Corte.

los Palacios de los Príncipes y de los Grandes; pero yo veo en ellos perros, caballos gordos y bien mantenidos. Parece que los alimentan para devorar los hombres.

XXIII.

Príncipe, ¿quereis escoger buenos Ministros? pues atended. Si oís decir á vuestros cortesanos, este hombre tiene talento y sabiduría, no os apresureis en creerlo. Si vuestros Consejeros dicen la misma cosa, dudad aún. Pero si el pueblo le repite los mismos elogios, exâminad á este hombre, y probarlo. Del mismo modo, si oís á vuestros cortesanos que dicen, este hombre es incapáz, desconfiad de su dicho. Si vuestros Consejeros dicen lo mismo, no le priveis todavía de

vuestra confianza. En fin, si el pueblo piensa del mismo modo: ved ahí el momento de exâminar si ha sido fundada la acusacion.

XXIV.

Del calor de la sangre nace un valor maquinal y desordenado. El verdadero valor es siempre dirigido por la razon.

XXV.

Si dudais que una accion sea justa, absteneos de executarla.

XXVI.

Un labrador veía que su sementera crecia muy lentamente, y tanto, que apenas cubria de verde la superficie de la tierra. Impaciente de esto, quiso cor-

regir la pereza de la naturaleza: fatigóse pues todo un dia en ir tirando de los tallos uno por uno, y se aplaudia por la noche de haber dado á su sembrado mejor parecer; pero habia roto las raíces. Volvió al dia siguiente, y solo halló una yerva ruin y seca, y perdió la esperanza de su cosecha. Querer gozar demasiado presto, es parecerse á este estúpido labrador. Si quieres llegar al bien, trabaja constantemente, y no fixes término.

XXVII.

Se ama la gloria, se teme la vergüenza, y sin embargo no se resiste al vicio. Esto es alojarse enmedio de un pantáno quando se teme la humedad.

XXVIII.

Como las personas particulares no tienen mas negocios que manejar que los suyos, en ellas el dolor es débil. Pero el sello de la tristeza sienta bien sobre la frente de un hombre de estado, que cargado de intereses públicos, no puede ni aliviar los sufrimientos del pueblo, ni corregir los vicios del Príncipe.

XXIX.

Los antiguos sabios, los personages ilustres, cuyas grandes qualidades admiraban en otro tiempo al universo, no eran sin embargo sino hombres. ¿No soy yo mismo un hombre? ¿No puedo yo imitarlos y hacerme igual á ellos? ¿Pues por qué he de mi-

rar su gloria con un ojo tímido, quando puedo elevarme hasta el grado de sus virtudes?

XXX.

Si los vicios del gobierno arrastran el pueblo hácia el crimen, esto es propiamente atraerle con crueldad á las redes de la justicia para castigarle.

XXXI.

En vano se reclama la igualdad: exîsten, y deben siempre exîstir dos clases de personas. Las unas fatigan su entendimiento, y las otras sus brazos: éstas necesitan ser conducidas, y las otras dirigen. Las primeras reciben de las otras la subsistencia, y las segundas se la procuran. Tal es el fundamento de la sociedad. Si nadie ilustrára, y conduxese el pueblo, el género humano se diferenciaría poco de los brutos.

XXXII.

Todo se hace en la sociedad por trueques recíprocos. El labrador da trigo al texedor, y recibe de él las telas. El arquitecto te hace una casa, y con el precio convenido, ocurre á sus necesidades y mantiene su familia. El sabio, con su exemplo y sus lecciones, comunica á los otros su sabiduría: ¿le envidiarás la recompensa que recibe en cambio? Él no te pide ni pone un precio á su virtud; pero sus beneficios lo exîgen de tí.

XXXIII.

Si no pones junto á tus hijos

sino gentes que hablen bien, es imposible que contraygan un mal lenguage; porque esto sería aprender solos, y sin ayuda de nadie, una lengua extrangera. Del mismo modo, si no oyen sino palabras honestas, si no ven sino acciones virtuosas, no podrán sumergirse en el vicio; y quando quisieran buscarlo, no encontrarian el camino.

XXXIV.

Quando el Príncipe no consulta en todas sus acciones la justicia, sus Ministros, entregados al cuidado de adularle, descuidan el hacer observar las leyes, y bien presto el honor, la verdad, el pudor huyen lejos de la Corte. Los Magistrados abandonan sus deberes, los vasallos se dexan

conducir por sus pasiones, los falsos intereses personales son solo escuchados; y si el Imperio no se arruina, será necesario dar gracias á la fortuna.

XXXV.

En efecto, si las plazas están mal fortificadas, si los soldados están mal armados, y quedan terrenos incultos, el Estado puede todavía sostenerse. Pero cae hácia su ruina, si los Xefes desconocen la justicia y las leyes, los subalternos la disciplina, y el pueblo las costumbres.

XXXVI.

El artista que quiere hacer un círculo perfecto, debe emplear para ello el compás. El hombre que desea llenar sus deberes, de-

be estudiar las lecciones y exemplos de los sabios.

XXXVII.

Los malos Príncipes son castigados por los horrores del temor, y por los horrores tambien los mas terribles del aborrecimiento que excitan. Ni aun en la tumba hallan asilo; porque la posteridad persigue su memoria, y veinte siglos no son capaces de borrar su oprobrio.

XXXVIII.

Si amas á los otros sin obtener de ellos recompensa, si intentan resistirte quando los tratas con prudencia, si no tienen contigo los miramientos que debieran, quando los tratas con hombria de bien: exâmínate bien, y

descubre qué vicio oculto daña á tus virtudes.

XXXIX.

El amor de los semejantes es el asilo del hombre; y la equidad, el verdadero camino que le conduce á la felicidad. Dexar un asilo seguro, abandonar el mejor camino, ¿no es una locura digna de compasion?

XL.

¡Tú quieres parecer hombre de bien, y moderado! Pero el hombre de bien, no insulta ni desprecia á nadie; y el hombre moderado, contento con lo que posee, no hace perjuicio á nadie.

XLI.

Es vicio de muchos hombres el querer erigirse en maestros de los otros, quando ellos mismos debian contentarse con ser todavía discípulos por largo tiempo.

XLII.

Si gustas publicar los defectos de otro, ¿puedes tú preveer los disgustos que te preparas á tí mismo?

XLIII.

El hombre no se distingue de los demas animales sino por la inteligencia. Algunos la cultivan, y la mayor parte de ellos la descuidan. Parece que quieren estos renunciar lo que los distingue de los brutos.

XLIV.

Un hombre tenia dos mugeres y las dexaba morir de hambre. Él salia de casa por la mañana, y no volvia hasta por la noche, harto, fiero y contento. Á creerle, comia todos los dias en casa de los mas grandes Señores, ó en la de los mas ricos particulares del pueblo. Sin embargo, jamás Señor alguno le visitaba, ni le enviaba mensagero alguno. Esto hizo sospechar á sus dos mugeres de las brillantes conexîones de su esposo. La una de ellas quiso desengañarse, y le siguió un dia á lo lejos, sin que la viese. ¿Creéis que le vió entrar en algun Palacio? Nada de eso. Él atravesó todo el pueblo sin que nadie le habláse, se le

acercáse, ni le saludáse. Salió al campo, entró en un cementerio, y se comió las sobras de una comida fúnebre (1). Volvió al pueblo, anduvo mendigando de puerta en puerta, y recibió y devoró hasta los restos de las mesas de los criados. La muger se volvió á su casa cubierta de vergüenza, y con el despecho y aborrecimiento en el corazon. ¿No conoceréis

---

(1) Es costumbre en una gran parte de los pueblos orientales el hacer despues de los entierros una comida sobre los bordes de la sepultura. Escribiendo la historia de la Rusia hice observar, que los Rusos, antes de su conversion al christianismo, practicaban lo mismo, porque sus costumbres, así como su origen, eran orientales.

algunas gentes que se parezcan á este hombre? Sí, sin duda; y estas son aquellas que buscan los grandes empleos. Ellas se humillan en secreto, y no se avergüenzan de baxeza alguna; pero en sus casas nada iguala á su orgullo. Si sus mugeres viesen la baxeza de sus soberbios maridos, se avergonzarían y derramarían muchas lágrimas, como la muger del mendígo por tanto tiempo engañada de su marido.

XLV.

Amar las gentes de talento y los sabios, y negarles una buena acogida; es convidarles, y cerrarles al mismo tiempo la puerta.

XLVI.

Sin algun estúdio no se puede

aprender, ni aun el juego mas simple; ¡y se quiere sin trabajo formarse para la virtud!

XLVII.

El hombre debe alimentarse sin duda; pero no basta que alimente el cuerpo; debe alimentarse todo entero, y sobre todo, alimentar su inteligencia, que es la mas bella parte de sí mismo.

XLVIII.

El uno cultiva su capacidad, y va á tomar lugar entre los grandes hombres; y el otro no se ocupa sino del cuidado de su cuerpo, y anda á la par con los vulgares.

XLIX.

Si los hombres buscan la virtud, están seguros que la encontrarán; pero aman mas bien el buscar los honores y las riquezas, que dependen de otros, y que tal vez no conseguirán jamás.

L.

El horror de los desprecios y de la pobreza, y el amor de las riquezas y de los honores, son los que ciegan á los hombres; así como un hambre devoradora impide el conocer el mal sabor de los alimentos. ¡Quán verdaderamente es sabio aquel á quien ni los honores, ni el desprecio son capaces de separar un instante de lo justo y honesto!

LI.

En el combate de la virtud no mires el principio, sino el fin;

el comenzar no es nada, es menester acabar. Del mismo modo que el jornalero que caba un pozo, si se detiene sin hallar el agua, despues de haber registrado algunas toesas, ha perdido el tiempo y el trabajo. Mejor sería que no hubiese trabajado.

LII.

El pueblo teme las leyes, pero amaría los preceptos de la virtud. Las leyes constriñen; los preceptos de la virtud atraen.

LIII.

La subsistencia debe comprarse con el precio del trabajo; pero el mas glorioso y útil de los trabajos, ¿no es el exemplo que dá el sabio?

LIV.

Se han dado demasiados elogios á aquel letrado que rehusaba comer un plato de arroz, quando sospechaba haber sido adquirido injustamente; que huía de la casa en donde el dueño era desestimado. Pero él abandonaba á su madre: rehusaba los empleos, desdeñando el servir á sus conciudadanos y á su patria: sectario de virtudes estériles y pequeñas, y muy distante de virtudes útiles.

LV.

¡Quántas gracias tiene ese jóven Príncipe! ¡qué nobleza! ¡qué bien se distingue por su exterior de los otros jóvenes de su edad! ¡Ah! ¿qué me importa?

Hasta que se distinga por sus virtudes de los demas, yo no veo en él sino un muchacho, hijo de un hombre.

LVI.

Este Príncipe mantiene sabios; pero yo veo que tambien mantiene animales. No basta tener pensionado á un sabio; es menester amarle, honrarle, y sobre todo, sacar provecho de sus preceptos.

LVII.

Lo mismo estimo al hombre que no lee libro alguno, que al que cree todo lo que encuentra en ellos.

LVIII.

Los grandes hombres y los

sabios dan desde el fondo de sus sepulcros, grandes y útiles lecciones á la posteridad. Dexaron de vivir; pero sus obras y sus exemplos no están sujetos á la muerte, y así serán ellos todavía los maestros de los siglos futuros.

LIX.

Si os insultan, entrad dentro de vos mismo, y exâminad si mereceis tal ultrage. Si estais seguro de vuestra inocencia, ¡ah! despreciad vanos clamores, como lo hariais con los ladridos de un perro flaco y mohino. Confucio mismo, y todos los hombres grandes, han tenido sus detractores; pero los gritos impotentes de la envidia no quitan nada al sabio de su reposo, ni de su gloria.

LX.

¡Quántos hombres hay que descuidan sus tierras, y se erigen en inspectores de las de su vecino!

LXI.

La persona de un Grande te impone respeto; su vista te hace baxar los ojos. Atrevete al fin á considerarle bien. ¿Es por ventura, despues de este exâmen, el mismo que te habias figurado, y cuyo puesto quisieras ocupar? No. ¿Pues por qué le tienes tanto respeto?

LXII.

El verdadero medio de conservar un corazon puro, es el de prescribir límites á los deseos. Si

entonces se aparta uno del camino de la virtud por algun tiempo, no será mucho, y bien presto volverá á entrar en él.

LXIII. (*)

Quando se trata de aspirar á la virtud, el trabajo cansa: ¿pero vemos á alguno que desprecie los bienes de fortuna, porque cuesta trabajo el adquirirlos?

LXIV.

Jamás digas: esta falta es ligera, y puedo permitirmela sin perjuicio; y no digas jamás: este acto de virtud es de poca consideracion, bien puedo omitirlo.

(*) De Tchu-Hi, en Duhalde, tom. 2, pág. 266.

LXV. (*)

El pueblo teme la muerte quando el gobierno es suave, porque la vida es entonces agradable. Pero quando el rigor de este es excesivo, se dexa de temer la muerte, porque la vida es insoportable.

LXVI.

El Magistrado desinteresado cumple con su obligacion: y aun no cumple con ella, si prohibiendose el crimen no evita hasta las faltas ligeras.

(*) De la recopilacion de máxîmas, reflexîones y exemplos, traducidos por el P. d'Hervieu, é insertado en la obra de Duhalde. Tomo 3, p. 186.

LXVII.

El hombre público se engaña si cree que el trabajo contínuo de algunos años le da derecho para ser menos aplicado. Si necesita descansar, retirese.

LXVIII.

Hacer bien á los que no pueden volverle, es juntar un tesoro de virtud, el qual no es menos rico por estar oculto: esto es preparar á veces una qüantiosa herencia á los hijos.

LXIX.

¡Quántas veces se disipa, por un placer de un instante, lo que podria arrancar de la muerte á centenares de desgraciados!

LXX.

Se construyen Palacios para que un solo hombre se aloje en ellos: ¿no sería mejor levantar humildes edificios para que viviesen en ellos tantos miserables como hay que no tienen donde abrigarse ni reposar?

LXXI.

Ya sois rico, y no os ocupais en otra cosa sino en aumentar vuestras riquezas. ¿Y para qué? ¿para vuestros hijos? Sabed, que tal vez les preparais su pérdida. Son los grandes bienes mas incómodos que útiles para el hombre virtuoso, porque dividen su atencion; pero el hombre sin virtud, no encuentra en sus riquezas sino nuevos medios de satisfacer sus vicios.

LXXII.

Haceis mal en merecer reprimendas; pero aun es peor que no sepais sufrirlas.

LXXIII.

El que promete con ligereza se ve obligado con freqüencia á faltar á sus palabras, y se hace indigno de toda confianza. Pero sobre todo, no hay que fiarse del hombre que habla en pro y en contra de un mismo asunto.

LXXIV.

Vergonzosa cosa es el engañar á aquellos con quienes vivimos: y un delito aun mas odioso, el engañar á la posteridad.

LXXV.

Si me atribuyen que tengo mala intencion, ¿qué me importa si no la tengo en efecto? Si me acumulan una accion reprehensible, ¿por qué me he de afligir, si me reconozco inocente? ¿Podrá la opinion agena despojarme de mi virtud?

LXXVI.

Entraron ladrones en un Lugar, y no dexaron vivos sino dos hombres: el uno era ciego, y el otro paralítico. El ciego cargó sobre sus hombros al compañero, el qual le indicó al otro el camino que debia tomar, y al fin se refugiaron ambos á un buen asilo. Los reveses de la fortuna y de la vida, se hacen mas ligeros quan-

do los hombres se socorren y ayudan mutuamente.

LXXVII.

Dispensar un beneficio, y exîgir despues la recompensa, es retractarse del bien que se ha hecho, y perder el mérito.

LXXVIII.

Quando oygo hablar mal de otro (dice un poéta) siento el mismo dolor que me causarian en el corazon las espinas mas agudas; pero quando oygo decir bien de alguno, siento el mismo placer que pudiera excitar en mí el olor mas suave de las flores.

LXXIX.

Tomando lo que se os debe, quereis merecer el título de hom-

bre desinteresado. Esto es demasiado, sin duda; pero no se os puede negar el elógio de no ser un bribón.

LXXX.

Un padre de familia debe trabajar para mantener sus bienes; pero esta ocupacion no debe ser prolija. Yo veo que me roban, decia un Señor á su Jardinero; ¿qué remedio pondremos? Yo no sé sino uno, respondió éste; y es rebaxar siempre esta pérdida de vuestra renta. Ve aquí, dixo el amo á su hijo, una buena leccion, de la qual debe aprovecharse todo propietario.

LXXXI.

Si se quiere que los negocios salgan bien, es menester resolverse desde luego á ceder algo de su derecho.

LXXXII.

¿Qué viene á ser esta vida? Quando repaso los años que he vivido, solo hallo vacío, y nada. Pareceme haber tenido un sueño, en el qual he pasado por mil estados diferentes, siempre agitado de vanas ideas, que se han disipado como el humo. En este mundo no veo sino un anchuroso mar y un gran rio: la mar de nuestros dolores no tiene término, y al rio de nuestros deseos, no se le halla el fondo. El hombre se conduce en una barca fragil, batida siempre de los vientos y las olas, y haciendo agua por todas partes.

LXXXIII.

¿Dónde debe el corazon buscar la paz? No será ciertamente en la elevada fortuna, ni en los placeres. Si estos duran mucho, nos cansan, y la saciedad camina hasta el disgusto. En los grandes empleos se desea el retiro, y en las grandes fiestas el reposo. Sola la sabiduría se aprecia mas quanto son mas los progresos que en ella se hacen.

LXXXIV.

Hay gentes que se quejan de no hallar reposo. Facilmente lo encontrarian; pero sus corazones son incapaces de gustar de él.

LXXXV.

Otros gimen por no tener

bastantes bienes: giman mas bien de no saber contentarse con lo necesario.

LXXXVI.

La vida del hombre es un viage: es necesario atravesar el camino, sea el que fuere. Es raro el hallarle igual. Pero si desde luego es expuesto, estrecho y dificultoso, puede esperarse que mas adelante será seguro, cómodo y espacioso.

LXXXVII.

Un Bonce tenia una gran coleccion de dijes preciosos: mostróselos un dia á su compañero. Os doy muchas gracias por vuestros tesoros, le dixo éste, despues de haberlos visto. ¿Por qué me dais gracias? le dixo el po-

seedor, ¿si yo no os los doy? Ya lo sé, repuso el compañero; pero yo los miro, y vos no haceis tampoco otro uso de ellos: de manera, que no os diferenciais de mí sino en el trabajo de guardarlos.

LXXXVIII.

Quando se pasa de una condicion humilde á puestos elevados, es menester no olvidarse de los beneficios recibidos, ni acordarse de las injurias.

LXXXIX.

Envejecer, estar malo y morir, son los mayores males de la vida. Las riquezas no remedian nada de esto; pero por causa de ellas freqüentemente se envejece antes, se cae en enfermeda-

des, y se acelera la muerte.

XC.

Lo que se necesita para mantenerse, alojarse y vestirse, es muy poca cosa. Lo demas se desea, ó para conformarse con el gusto de los otros, ó para deslumbrarlos.

XCI.

Gentes hay que se parecen á un puñal, siempre en movimiento y pronto á herir: se les teme; pero ellos se dañan á sí mismos, aun mas freqüentemente que á los otros. Como hablan sin miramiento y sin reserva con el primero que encuentran, son vendidos quasi siempre. Ellos se hacen enemigos de aquellos mismos á quienes habian servido, y

bien presto pierden quanto tenian que perder.

XCII.

No escribas si estás colérico. Una palabra es á veces mas dañosa que una puñalada; ¿pues qué será un rasgo de pluma?

XCIII.

Príncipes, haced el bien con gusto, y castigad con sentimiento. Empezad por ser buenos, continuad siendo justos, y ved aquí una de las principales máxîmas del buen gobierno.

XCIV.

Hay una especie de gentes muy perjudicial y maligna: el elógio que se hace de los talentos y de la virtud, excita su có-

lera. Si alabais á alguno en su presencia, los hallaréis prontos á contradeciros. Si duermen, la envidia los despierta. Si pueden hacer sospechoso el bien que habeis contado de otro, y si pueden destruírlo en el concepto de los que os oyen, disfrutan una alegría atróz, y se aplauden á sí mismos. Todavía les falta otra victoria mucho mas lisongera á sus perversos corazones, y esta es la de haceros avergonzar de haber sido justo.

XCV.

Un buen libro y un buen discurso pueden hacer mucho bien; pero un buen exemplo habla con mas eloqüencia al corazon.

XCVI.

Quando me presento delante de los retratos de los hombres grandes, decia un sabio, si me encuentro culpable de alguna falta, no experimento menos vergüenza, que la que tendria si recibiese en público un castigo infamante.

XCVII.

El poder del hombre es bien limitado, y sus satisfacciones bien cortas. Jamás logrará reunir la aprobacion general: jamás hará callar la voz de la crítica; y jamás logrará tampoco el hacerse superior á sus propios baldones. Cometed pocas faltas, decian los mas sabios de la antigüedad.

XCVIII.

Si os proponen honores y utilidad, no pregunteis si los honores son grandes, y considerables las utilidades; sino, si la cosa es justa.

XCIX.

Al que se ama, no se le hallan defectos; y si se le aborrece, no tiene virtudes.

C.

Quando me visita un hombre de consideracion, me envanezco; ¿y por qué? ¿Dexa por ventura en mi casa alguna cosa de sus dignidades, de su grandeza y de sus riquezas? Si yo mismo soy rico, me avergüenzo de recibir la visita de un hombre

comun. Esta es otra ridiculéz. ¿Acaso me quita este hombre algo de mi bien estar? ¿me dexa alguna cosa de su mala fortuna?

CI.

El hombre consume su vida en vanos proyectos. Espera, trabaja, y se agita por el dia de mañana, hasta que no queda mas dia de mañana para él.

CII.

El veneno mata á pocas gentes, y sin embargo causa horror. Las delicias del deleyte matan hombres sin número, y nadie las teme.

CIII.

Los que me alaban, me en-

señan el camino que debo seguir: los que me vituperan, me advierten los peligros á que me expongo.

CIV.

Leo la primera vez un libro, y me causa tanto gusto como si adquiriera un nuevo amigo. Leo otro que ya he leído, y pienso que vuelvo á ver á un antiguo amigo.

CV.

No indagues con demasiada severidad las faltas del hombre que se distingue por sus grandes talentos y por sus grandes virtudes. Aunque un diamante tenga defectos, es mas precioso todavía que una piedra comun sin ellos.

CVI.

Una criada gusta de chismes, y su ama de escucharlos; como el marido sea crédulo, no se necesita mas para que nazcan mil enredos en la casa.

CVII.

El Emperador Ven-ti (1)

(1) Ven-ti reynaba 178 años antes de nuestra era. Los Chinos le cuentan en el número de sus mejores Soberanos. Su gobierno era justo, su vida frugal, y sus vestidos modestos. Renovó la antigua costumbre observada por los Emperadores, de cultivar la tierra con sus propias manos. Báxo su reynado fué quando los Chinos conocieron la fábrica y uso del papel.

compuso un libro contra la exîstencia de las telas incombustibles. El libro era hermoso, los razonamientos parecian no tener réplica, y Ven-ti triunfaba. Por desgracia suya le traxeron mas adelante una tela de amianto, y la arrojó al fuego; pero viendo que no se quemaba, quemó su libro. De este modo nos exponemos á ser engañados, queriendo hacer de lo que conocemos la medida de lo que puede ser.

CVIII.

La mayor parte de los placeres no son otra cosa sino juegos frívolos; pero sobre todo, tienen un grande inconveniente, y es, que no podemos disfrutarlos solos. El juego mas simple exîge á lo menos dos personas;

pero el estúdio produce placeres útiles en lo mas profundo de la soledad.

CIX.

Un hombre bien calzado teme la mas mínima salpicadura: anda de puntillas, y apenas toca el suelo. Pero si al fin no puede evitar el ensuciar los zapatos, ya no anda con cuidado. Del mismo modo quando se han contraído vicios, ya no se guardan respetos.

CX.

El Gobernador de una Provincia, en vez de enriquecerse en su empleo, se empobreció por el bien que hizo. Le nombraron succesor, y se volvia á su patria. Encontró en el camino á un po-

bre letrado que acababa de morir, y cuyo cuerpo estaba abandonado. Al punto se despojó de sus mejores vestidos para cubrirlo; y vendió su caballo para pagar las exêquias, contentandose con comprar un buey para continuar su viage. Dos dias despues encontró á un padre de familia reducido á la última miseria, y próxîmo á perecer de hambre con su muger é hijos. Entonces vendió el buey, y le socorrió con su precio. Le reprehendian que era compasivo demasiadamente: á lo que respondió: Vosotros os engañais, y mi corazon no me engaña. Es muy útil que este hombre viva para que pueda sostener su familia, y criar ciudadanos al Estado, y es muy indiferente el que yo me vuelva á mi casa á

pie, ó arrastrado por un buey.

CXI.

Esperemos á tener algo superfluo para socorrer á los pobres. ¡Ah, desgraciado! tú no los socorrerás jamás.

CXII.

Mira á ese Cordero que llevan á la Carnicería, y advierte como á cada paso que dá se acerca mas á la muerte. Mortal, tu suerte es la misma: cada instante de tu vida es un paso que das hácia el sepulcro.

CXIII.

No hay espada mas perjudicial para el hombre, que su propia codicia; ni escudo mejor, que el desinterés.

CXIV.

El disgusto, el placer, la alegría, y la tristeza no tienen punto fixo en donde puedan pararse. Aquel pensó morir de alegría quando obtuvo su primer empleo: subió con el tiempo á mayores dignidades; y al fin murió de pesadumbre, porque no pudo conseguir la primera de todas.

CXV.

Tú no tienes sino un asno para montar; un hombre vá delante de tí sobre un buen caballo, y te quejas y afliges. Vuelve la cabeza, y mira á ese tropel que te sigue á pie, encorbado con el peso de sus cargas, y consuelate.

CXVI.

Por el interés del marfil se cazan los Elefantes, se abren las Ostras, se las dá la muerte para sacar las perlas: Al Papagayo se le quita la libertad por su lengua: así el hombre debe freqüentemente su pérdida á las ventajas que le llenan de orgullo.

CXVII. (*)

La obligacion del padre es corregir sus hijos, y la inclinacion de la madre el disculparlos. El padre debe castigarlos sin de-

(*) De una obra moderna sobre los caractéres y costumbres de los Chinos, traducida por el P. Dentrecolles, y publicada por Duhalde, tomo 3, p. 131.

masiado rigor, y la madre compadecer sus flaquezas sin demasiada complacencia.

CXVIII.

Ten cuidado de instruir á la infancia desde que su entendimiento sea capáz de instruccion; pero trata con pulso su delicadeza, y sabe acomodarte á su naciente razon. Dexa á esta tierna flor el tiempo necesario para abrirse, y no la marchites teniendola siempre abrasada en tu pecho con imprudencia.

CXIX.

No cuidar de la educacion de las hijas, es preparar la vergüenza de la propia familia, y la desgracia de aquellas á quienes pertenezcan despues.

CXX.

Los lazos que unen el padre á sus hijos, el hermano á sus hermanos, los amigos á sus amigos, los ciudadanos á sus conciudadanos, los Soberanos á sus subditos, han sido preferidos de los nudos que unen el esposo á la esposa. Nada hay mas sagrado que esta union; y del buen orden que en ella reyna, resulta el de toda la sociedad.

CXXI.

Los ricos hacen construír palacios soberbios, mantienen tropas de farsantes, y nada escasean para la mesa y el juego; pero tienen parientes pobres, y sienten dar la mas pequeña suma para sacarlos de miseria. ¡Oh rico

no menos imprudente que cruel! ¿Puedes responder de que serás siempre dichoso? ¿Estos parientes que desprecias no podrán elevarse algun dia? ¿Sus hijos á lo menos no encontrarán la fortuna menos contraria? ¿Y tus hijos no recurrirán jamás á la posteridad de aquellos que fueron el objeto de tus desprecios?

CXXII.

Te avergüenzas de lo que has hecho, dicho, y pensado en el calor del vino: el calor de las pasiones no es menos perjudicial.

CXXIII.

En oyendo hablar mal de otro, al punto lo creemos, y si se habla bien, lo dudamos. En acostumbrandose á hablar de los age-

nos defectos, no se atiende á sus virtudes.

CXXIV.

Si en la pobreza no envidiamos la pompa del rico, en la fortuna no nos ensoberbecerémos con nuestra propia grandeza. Si en la fortuna no apartamos la vista de la desgracia, no serémos abatidos por la adversidad.

CXXV.

El vencerse uno á sí mismo, es el medio de no ser vencido de los otros: dominarse uno á sí mismo, es el medio de que nadie nos domíne.

CXXVI.

Miras con ojo envidioso las agenas riquezas; pero esos vanos

deseos no te enriquecen: ¿no es mas acertado el cerrar tu corazon á semejante loca codicia? Alimentas el deseo de ofender á tu enemigo; pero este impotente deséo no le daña: ¿no sería mejor perdonarle de buena fé?

CXXVII.

Puede decirse con razon que goza de la verdadera riqueza aquel que sabe medir sus gastos por sus rentas.

CXXVIII.

Vé ahí un hombre que pienso no me estima. Puede ser que en mí haya algo que no merezca su estimacion. Si yo fuera un diamante, y me mirára como al lodo, no disputaría con él, y solo le trataría como á un mal co-

nocedor. Pero si yo no fuera en efecto sino una piedra comun, ¿por qué habia de querer el pasar á sus ojos por un diamante? Á mí me toca el exâminarme y hacerme justicia.

CXXIX.

La montaña engendra un volcan, y el volcan la hace pedazos; el arbol produce un gusano en su seno, y este gusano le roe las entrañas: el hombre inventa mil proyectos, y sus proyectos lo devoran.

CXXX.

El intrigante tiene á veces fortuna; pero está expuesto á grandes reveses. El hombre íntegro y sin ambicion, logra rara vez una fortuna grande; pero teme muy

poco los grandes desastres.

CXXXI.

Yo no quisiera que supiesen lo que pienso; pues bien, no lo digas á nadie. No quisiera que supiesen lo que pienso hacer, pues no lo hagas.

CXXXII.

No hableis de vuestras prosperidades con el hombre que acaba de experimentar una desgracia.

CXXXIII.

Me quejo de que el corazon de los otros es dificil de gobernar; y no conozco que el mio es mas dificil todavia de conducir. Gimo de ver que el espíritu de los otros jamás está tranquilo; y no

siento la turbulencia del mio. Mortal, aplícate desde luego á conocerte, y habla despues de los defectos de otro.

CXXXIV.

Buscanse buenos remedios contra las enfermedades, y sería mejor aplicarse á conservar la salud. Se buscan asociados para socorrerse y defenderse mutuamente: la reputacion de hombre justo y fiel sería una guarda mas segura. Se quiere pasar por rico y acreditado: mejor sería pasar por recto y sincéro. Se procura sorprehender la estimacion de los hombres: mas sabia cosa sería el merecerla. Se hace vanidad de tener grandes tierras y Palacios suntuosos: mas glorioso sería tener costumbres.

CXXXV.

¡Admirable y delicada piedra de toque es para el hombre hallar un tesoro extraviado, y conocer al dueño; sorprehender sola á una hermosa dama en un quarto retirado; y oir los gritos del enemigo mortal, que vá á perecer si no se le socorre!

CXXXVI.

Temed no desmienta algun dia vuestro elogio aquel á quien alabais. El labrador hace juicio del año en el Otoño; y por la vida anteacta se juzga al hombre.

CXXXVII.

El deudor se queja de la dureza de su acrehedor, y si él

presta á su vez, se vuelve un acrehedor mucho mas rigoroso.

CXXXVIII. (*)

Con un vil mineral se dá el brillo al diamante: el insulto de un malvado puede ayudaros á perfeccionar vuestras virtudes.

CXXXIX.

Aunque sea un sabio el hombre que estima demasiado las riquezas y los honores, no se defenderá largo tiempo de la corrupcion del siglo.

(*) El esmeril (especie de mina de hierro) es el mas rebelde y esteril de los metales. Se sirven de él para pulir el cristal y las piedras preciosas.

CXL.

Tú quisieras que tu reputacion brillase como el oro mas puro: no lograrás por cierto semejante brillantéz, sino en el fuego de las tribulaciones.

CXLI.

Un joven salió la primera vez de la casa de su padre, y vió en la plaza un Puerco: " Ved aquí, „ dixo, una rata de un tamaño „ bien extraordinario." El muchacho, á quien no habreis enseñado sino libros, no estará menos sujeto á errores, que aquel.

CXLII.

Yo soy dueño de no tomar parte en la detraccion, pero no de impedir que hablen los de-

tractores. Si ando de noche sin mala intencion alguna, ¿ puedo impedir que me ladren los perros?

CXLIII.

No busques en el viage de la vida los caminos torcidos que te conduzcan á un precipicio. Sigue el camino recto, que el término está al cabo.

CXLIV.

Los muchachos, á quienes obligamos á que nos admiren con su entendimiento, se parecen á menudo á aquellas plantas, cuyas flores son dobles, y jamás dan fruto.

CXLV.

Nuestra vida se pasa en el te-

mor. Se teme al padre, á la madre, al maestro, al Príncipe, á las leyes, á las intemperies de las estaciones, y á los reveses de la fortuna.

CXLVI.

Ten presente, antes de entablar un proceso, todo lo que la parte contraria dirá de tí, y entonces arrojarás tus papeles al fuego.

CXLVII.

El secreto es el alma de las grandes empresas. Un antiguo escribia en la ceniza la minuta de sus proyectos: despues soplaba, y no dexaba rastro de lo que habia escrito.

CXLVIII.

Haz que las máxîmas del pueblo se escapen de tus oidos con igual presteza á la que lleva el páxaro que rompe los ayres.

CXLIX.

Este hombre es de mi modo de pensar, aun sin haberme oido: teme no lo conozca, y se dá priesa á manifestarmelo. Este hombre es un adulador peligroso, y debo huirle.

CL.

El que propone qüestiones dificiles en medio de las risas, de los festines y dias de campo, y busca el lucir su entendimiento y erudicion, en vez de entre-

garse al júbilo comun, se hace insoportable, y dá una mala idea de su educacion y política.

CLI.

Ocultar los agenos defectos, y publicar las virtudes, es el caracter de un hombre honrado, y el medio de hacerse amar.

CLII.

La fiereza incomoda en un advenedizo, que nacido del polvo, y cubierto del fango de su origen, presenta un aspecto altivo á los que le hablan.

CLIII.

El chancero se mete en mil lances pesados, y el hablador multiplica siempre sus enemigos.

CLIV.

Si no has exercido encargos públicos, no sabes quan dificil es gobernar los pueblos. Si no has tenido hijos, no conoces los cuidados y solicitudes de un padre. Jamás hables de las obligaciones que no has tenido.

CLV.

Escapada una vez una palabra, no puede alcanzarla un carro con quatro caballos. Aprende á velar sobre tus palabras.

CLVI.

Saber alegrar la conversacion con chanzas inocentes, es un talento apreciable. Pero freqüentemente se pasa de la alegria á la bufonada, de la bufonada á

la crítica, y de la crítica á la sátira; y semejantes juegos de entendimiento acaban por ódios irreconciliables.

CLVII.

Orgulloso con tu clase, é hinchado con tu ciencia miras á los otros con desprecio. Te pareces á aquel muchacho que, sentado con vanidad sobre un monton de nieve, se aplaude de verse elevado. Flecha el sol sus rayos, la nieve se derrite, y el orgullosito cae en el fango.

CLVIII.

Solo tratas de adelantarte; ¿pero no perderás por un lado, lo que ganas por otro? Cabar al Levante para llenar un ho-

yo en el Poniente, es un trabajo bien inútil.

CLIX.

Temes el poder de aquel Grande, y por lo mismo sufres un ultrage que te hace, sin que te se oyga quejar: ésta no es gran virtud; pero sí lo es, el aguantar con paciencia el desprecio del que no se teme.

CLX.

Si lo que proponeis sobre una materia es razonable, y lo que yo pensaba no lo es; os cedo. Si lo que yo pienso es justo, y lo que vos sosteneis no lo es; callo.

CLXI.

El modo de mantener la paz

en una familia, es reprehenderla con una dulce severidad. Y el disimular las faltas de los vecinos, es el medio de vivir con ellos en buena armonía.

CLXII.

El agua muy clara no tiene pescados; y el hombre demasiado perspicaz, está sin sociedad.

CLXIII.

Solo pertenece á los ingenios elevados el saber emplear utilmente las almas baxas, y es necesaria mucha virtud para saber vivir con las gentes que tienen poca.

CLXIV.

No exîjas de las personas de edad avanzada, complacencias que

puedan fatigarlas; ni de gentes sin haberes, servicios que exîjan algun gasto.

CLXV.

La razon debe presidir á todos los negocios; pero, aunque tengas razon, si te disputan tu derecho, y no se trata sino de un pequeño interés, cede. Si la cosa es importante, busca árbitros sabios. Pero si contento con tener buen derecho, quieres echarla de guapo; las gentes groseras no estarán instruídas: los porfiados no darán su brazo á torcer: los impostores tramarán nuevas estratagemas: tú mismo dexarás de tener razon; y de una buena causa, harás una mala.

CLXVI.

Á veces un pie de tierra que se disputa, cuesta diez fanegas por los gastos del proceso.

CLXVII.

Ese rico pasa los dias enteros en una perezosa indolencia: sin tener apetito, se hace servir una comida espléndida: mucho antes del invierno, se provee de las mas preciosas pieles: una tropa de criados le rodea, atenta siempre á la menor señal de sus deseos: sus habitaciones son deliciosas; y si quiere mostrarse al público, sube en un rico palanquin, ó en un barco soberbiamente adornado: en fin, no tiene tiempo para formar deseos, porque encuentra al rededor de

sí todo quanto puede lisongear los sentidos. ¿Le falta algo? sí, la estimacion pública.

CLXVIII.

El pobre no puede hacer ordinariamente ni mucho bien, ni mucho mal. Pero si el rico quiere hacer bien, la felicidad que nace al rededor de él, se extiende y se propaga: si se entrega al vicio, va á consumar la desgracia de un monton de desgraciados. Las riquezas traen siempre consigo, ó grandes bienes, ó grandes males.

CLXIX.

Un ligero socorro dado á tiempo, y en una urgente necesidad, vale mas que cien beneficios mal distribuídos.

CLXX.

El hombre grande, nacido para reparar las desgracias de su siglo, solo tiene un corazon para executar; pero no obstante, sabe reunir otros diez mil, y asociarselos.

CLXXI.

La virtud, que consiste en ayunar, y en acompañar largos rezos á los ayunos, es la virtud de un Bonce; y el socorrer á los desgraciados, proteger la inocencia, ilustrar y guiar á la ciega humanidad, es la que hace al hombre útil á sus semejantes.

CLXXII.

Nadie hay que no procure la felicidad; ¿pero conseguiré-

mos el ser dichosos, por mas diligencias que practiquemos? El que sabe contentarse, está bien presto satisfecho.

CLXXIII.

Dícese que ese hombre que ocupa la primera magistratura tiene providad. Pero si no ha remediado los grandes males, y ha procurado grandes bienes, ¿en qué se diferencia de un mal magistrado?

CLXXIV.

Dices que esperas para entregarte á tal negocio, tener bastante tiempo. ¿Y quando tendrás ese tiempo? Tiempo sobrado tenemos para todo, en sabiendo aprovecharlo.

CLXXV.

No guardes tus vestidos de invierno en los primeros calores, ni vuelvas la espalda á tus antiguos amigos á las primeras caricias de la fortuna.

CLXXVI.

La indigencia y la obscuridad producen la vigilancia y la economía; y de estas virtudes nacen las riquezas y los honores: los honores y las riquezas engendran el luxo y el orgullo; y el orgullo y el luxo, acompañados del vicio y de la ociosidad, traen bien presto la miseria.

CLXXVII.

El rico tiene siempre razon.

Si se le convida á comer, y viene antes de tiempo, el dueño de la casa dexa al punto sus negocios, le manifiesta un semblante abierto, y le da gracias por lo diligente que ha andado: si hace esperar, no le dexan tiempo para disculparse, porque todos dicen al punto, que sus grandes ocupaciones lo han detenido. No sucede lo mismo con el pobre: si llega presto, lo dexan que espere, nadie viene á recibirle, y hasta los mismos criados le tratan de importuno, y lo llenan de reconvenciones; de modo, que no le perdonan el haber hecho esperar un momento para comer.

CLXXVIII.

Si no hallas en tí defectos,

exâminate todavia mas severamente, y persuadete á que han quedado algunos ocultos, no obstante tus diligencias. Este es el medio de crecer en virtudes, y de evitar defectos.

CLXXIX.

Si los defectos de los otros te dan en rostro, mira con mas atencion sus buenas qualidades. De este modo conservarás la amistad, y apartarás el ódio.

CLXXX.

Socorre al pobre, pero sin informarte del motivo de su indigencia. Tal vez descubrirías, que habia caído en ella por defectos que disminuirían tu caridad.

CLXXXI.

Si admiras una buena accion, prohibete el escudriñar los motivos que la causan, porque puede ser que formes sospechas que te resfrien para imitarla.

CLXXXII.

Este hombre está colmado de beneficios que le he hecho, y no hallo en él otra cosa sino ingratitud. ¡ Bella ocasion de exercitar mi sufrimiento ! Su ingratitud me hará sufrir sin duda; pero no me pasará siquiera por la idea el castigarla.

CLXXXIII.

Un impostor me arma un lazo, del qual sé librarme, y me rio de su mala voluntad, sin

intentar ni tomar contra él otra venganza.

CLXXXIV.

Vos teneis que tratar con superiores, y no temo les falteis al respeto ; pero temed vos mismo el envileceros. Si hay pobres que os pidan una gracia, y está en vuestra mano, se la dispensaréis sin duda ; pero aligerar el peso del beneficio, y temed faltar al respeto que debeis tener á los infortunios.

CLXXXV.

No satisfagas nunca tus deseos hasta la saciedad, y así conservarás nuevos placeres.

CLXXXVI.

Si dispensas un favor, haz

comprehender que piensas hacer otros mas adelante, y no dudes obtener el reconocimiento.

CLXXXVII.

No le opongas al impostor sino la rectitud, y verás caer sobre él sus artificios.

CLXXXVIII.

Sé modesto, y no costará trabajo el estimarte; pero si con tus discursos intentas hacer valer tu mérito, esto será bastante para que los otros duden de él.

CLXXXIX.

Si tu vecino está abatido por la tristeza, ocultale tus placeres: si el infelíz oye resonar la alegría en tu casa, creerá que insultas su dolor.

CXC.

Si combates los defectos de alguno, no seas demasiado severo, porque lo harás indocil. Si lo exhortas á que sea virtuoso, no le propongas desde luego nada que sea muy dificil, porque esto sería enfadarlo, y perder el fruto de tus lecciones.

CXCI.

Tú meditas un negocio: ¿te será ventajoso sin perjudicar á nadie? Si crees que sí, emprendelo. Si hay nueve partes en tu favor, contra una en perjuicio de alguno, tómate bastante tiempo para meditarlo. Si el mal que hayan de sufrir los otros, iguala al bien que puede producirte, guardate bien de seguir tu

proyecto. Si no encuentras en él tus conocidas ventajas, sino causando á los otros el mayor perjuicio, ten horror á tus deseos. Pero si puede ser útil á los otros, y no irrogar perjuicio sino á tí solo, execútalo, si tienes un alma grande.

CXCII.

Los sabios que, con sus escritos, se proponen corregir los hombres, obran rara vez el bien que esperaban. Pero que no desmayen: porque el tiempo madurará los frutos, que serán debidos á sus instrucciones.

CXCIII.

Nada puede consolarnos mas en nuestras desgracias, que el

hacer justas reflexîones acerca de la situacion de tantos desdichados que sufren aun mas que nosotros.

CXCIV.

Yo puedo refutar la maledicencia; pero, ¿no será todavía mas acertado el soportar al maldiciente? Yo puedo quitar la máscara al calumniador, y confundirlo; pero, ¿no será mejor aún mudar su corazon?

CXCV.

Reflexîonar mucho y hablar poco, es el secreto de aprender mucho.

CXCVI. (*)

El Emperador Ven-Van-Djeu recibia con bondad los consejos de los hombres ilustrados; escuchaba una buena prevencion hasta de la misma boca de un lugareño, y así se llenó de gloria. Un suelo fertil es pródigo de semillas nutritivas, y un buen Soberano multiplica el número de los sabios.

(*) De los consejos del Mandarin Guiachan al Emperador Venti, 170 años antes de nuestra era. Este pedazo y los siguientes están traducidos literalmente de la version Rusa, hecha por Mr. Leontief, de la lengua de los Manjures, que llamamos nosotros Mantchues.

CXCVII.

El rayo destruye quanto toca; un peso enorme quebranta lo que oprime; pero el poder caprichoso de un tirano, es mas terrible que el rayo, y mas pesado que millones de quintales.

CXCVIII.

Á veces el poder mas temible toca el momento de su ruina. El Emperador Chi-Hoang-ti tenia la fuerza del Leon, y la ferocidad de un Tigre; pero la cólera del Cielo persiguió la posteridad de este Príncipe injusto. Él hizo construír hasta trescientas casas de campo; nada igualaba á la magnificencia de su Palacio, ni á la hermosura de sus

jardines; y no ha quedado á su posteridad ni una cabaña cubierta de paja. Diez años enteros se trabajaron para construír su sepulcro. Millares de hombres fueron atormentados para elevar este monumento á su orgullo. La tierra fué cabada profundamente; el oro, el jaspe, los barnices, las perlas y las piedras preciosas, se emplearon para adornar este edificio; un dilatado paséo y un espeso bosque le rodeaban. Toda esta magnificencia se prodigó á su cadaver; y los cuerpos de sus descendientes no fueron cubiertos ni de un grano de arena.

CXCIX. (*)

En el dia de hoy van las criadas al mercado vestidas con la misma riqueza que ostentaban en otro tiempo las Reynas en los dias festivos. En las casas de los simples Mercaderes están las paredes tapizadas de iguales estofas á las que antiguamente tenian los Reyes, y se ven Comediantes y Cantores usurpar los atavíos de las Princesas. Sin embargo, para sostener tanto luxo, sufren el frio y el hambre; aguantan, se entregan á la rapiña, al

(*) De los consejos del Mandarin Gaï, ó Kia-Y, al Emperador Ven-ti, 170 años antes de nuestra era.

latrocinio, y esta general profusion arrastrará el Estado á su ruina.

CC.

Hay leyes para los niños y para los padres, para los subalternos y los Xefes, para el pueblo y para los Soberanos. Pero estas leyes, hechas para los hombres, separan la suerte de todas las obras humanas, y no son inalterables: si no hay cuidado de repararlas y sostenerlas, caen, y perecen.

CCI.

La felicidad del Estado se funda en el respeto del Soberano á las leyes, en su vigilancia en observarlas, y en la educacion del heredero del Imperio.

De un hombre solo, dice el Chu-King, que depende la esperanza de un pueblo entero. El mayor servicio que puede hacerse al Estado, es el preparar temprano al jóven Príncipe para que sepa llenar sus deberes (1).

---

(1) Creo me será permitido el poner aquí una nota larga para manifestar la educacion que se daba en la China á los hijos de los Soberanos.

Desde la infancia del jóven Príncipe colocaban cerca de su persona tres grandes Mandarines. El primero tenia la inspeccion de su salud: el segundo le enseñaba los elementos de la moral; y el tercero los de las ciencias. Cada uno de ellos tenia un ayudante, y jamás se separaban del discípulo. Tambien hacian contribuír á la educacion

CCII.

La ley castiga las faltas, y el buen órden las impide: las recompensas excitan á los hom-

---

cion del Príncipe á ciertos Preceptores escogidos entre los hombres mas instruídos de la nacion. Quando llevaban el Príncipe al templo, le hacian baxar del carruage, y andar á pie delante del Palacio del Emperador, y de los monumentos consagrados á la memoria de los antiguos Soberanos.

Luego que entraba en la edad viril, freqüentaba los grandes Colegios en donde se enseñaban las artes, las ciencias y los ritos, todo lo qual forma una gran parte de la educacion Chinesca.

Despues reemplazaban á los primeros maestros, los gobernadores

y

bres virtuosos, y las penas contienen á los malos. Los Soberanos buenos no tuvieron otro se-

---

y pedagogos, en número de quatro hombres de una clase todavía mas eminente. El empleo del primero era el escribir las acciones del Príncipe, para lo qual tenia siempre consigo tinta, un pincél, y papel: el segundo debia advertirle si faltaba en algo á la política y á las correlaciones: el tercero tenia el encargo de inspirarle pensamientos honrados y útiles; y el último le reprehendía publicamente, tocando sobre una especie de tambor las faltas que cometia.

Junto al Príncipe habia ademas ciegos y músicos. Los ciegos le enseñaban á cantar cánticos morales, y los músicos á acompañarlos con algun instrumento. En fin, los sabios

creto. Con la instruccion y el buen órden, inspiraban insensiblemente al pueblo buenas costumbres: porque el buen órden, corta la raíz del mal antes de tener tiempo de elevarse, y la instruccion afirma y nutre las raíces del bien.

CCIII.

Jamás el Príncipe escuchará con demasiada circunspeccion los consejos que se le den. Él puede

---

bios del Imperio le daban cada dia sabios consejos, y le contaban lo que el pueblo decia de él.

¿No era de temer, que el fastidio de tantas formalidades hiciese la virtud odiosa á los ojos del jóven Príncipe?

siguiendolos, y puede desechandolos, hacer el bien, y hacer el mal de sus vasallos. Pero el bien y el mal, no pueden permanecer en un estado de reposo: insensiblemente toman aumento, y toman fuerzas; y la desgracia ó la prosperidad de una nacion, no debe durar un solo dia.

CCIV.

Todo Soberano desea que su pueblo sea bueno; pero no todos caminan á este punto del mismo modo. Los unos quieren llegar á él por sabios reglamentos, y por el exemplo de sus propias virtudes; y los otros, por el rigor y los castigos. Estos no siempre corrigen al pueblo, lo hacen murmurar, y lo vuelven infelíz:

aquellos derraman á un mismo tiempo la alegría y la prosperidad en su Imperio.

CCV.

El mismo Soberano debe respetar sus propias obras. Quando se ha dignado de condecorar á uno con una grande dignidad, debe tratarle con distincion, á fin de que los pueblos le respeten. Y si falta á sus deberes, y se hace criminal, el Monarca puede despojarle de sus empleos, y castigarle con la muerte, pero sin entregarle al oprobrio; porque en ello arriesgaría, que el pueblo concibiese cierto desprecio hácia los que le mandan. El honor se conserva con el honor; y qualquiera que viva en el abatimiento,

no servirá sino con baxeza (1).

CCVI. (*)

Báxo los buenos Soberanos no sufre el pueblo, ni el frio,

---

(1) Los antiguos Soberanos de la China tenian gran cuidado de contemplar el honor de los que elevaban á los primeros empleos del Estado. Si un Grande merecia la muerte, ni era encadenado, ni preso, ni sometido á las torturas. El mismo, llamado por el Juez, á nombre del Monarca, iba á recibir su sentencia: él mismo se ponia de rodillas, y se daba la muerte. Le decian en nombre del Príncipe: "Yo te he respetado siempre: »tú mismo has causado tu pérdida."

(*) De una advertencia del Dr. Tcho-tsoi al Emperador Ven-ti, 170 años antes de nuestra era.

ni el hambre: no porque el Monarca vista ni mantenga la nacion, sino porque sus buenas leyes protegen y animan al Labrador.

CCVII.

Quando la miseria del pueblo es extrema, éste se hace semejante á las aves de rapiña y á las bestias feroces. Las murallas de los pueblos no son para él sino débiles barreras: los fosos mas profundos le son vanos obstáculos; y el terror de las leyes no le hace ya fuerza: el horror mismo de los suplicios no logrará espantarlo, porque es menos cruel, que los males que sufre. El frio y el hambre arrastran al hombre al crimen, y no le dexan ver cosa alguna que pueda

temer. La naturaleza misma, esta madre comun, no puede entonces contener su hijo: ¿y cómo contendrá el Príncipe á sus vasallos?

CCVIII.

El oro, la plata, las perlas, las piedras preciosas, no pueden nutrir al hombre, ni preservarlo del frio. Toda esta riqueza es el adorno de los Monarcas; pueden ocultarla en su seno, llevarla mas allá de las mares, y cambiarla por objetos de primera necesidad. Pero si procuran á los hombres estas débiles ventajas, ¿no les causan los mayores males? Ellas hacen prevaricar á los Grandes, los hacen servidores infieles, feroces opresores, y los mas crueles enemigos de la na-

cion. ¡O Monarca prudente! Prefiere á todo esto aquellas semillas nutritivas que la tierra no concede al Labrador sino por el precio de sus contínuos afanes.

CCIX. (*)

No se encuentran Ministros virtuosos, sino báxo Monarcas sabios; porque es preciso que el eco se parezca á la voz que repite.

CCX. (**)

Los Grandes han dado el exemplo de la depravacion y del

(*) Del Discurso del Mandarin Ban-Boa al Emperador Siven-Ti, 73 años antes de nuestra era.

(**) Del Mandarin Ban-Boi, en el primer siglo de nuestra era.

luxo, y este funesto exemplo ha arrastrado á toda la nacion. Los Labradores, disgustados de su profesion, han abandonado el cultivo de las tierras: el número de Mercaderes se ha aumentado: han tenido estofas del mejor gusto, y del trabajo mas exquisito, y han carecido de lo necesario: las tiendas se han cubierto de ricas y brillantes bagatelas: los Artesanos han apurado su industria en superfluidades: cada qual lo ha pretendido todo: los letrados mismos han participado de la general depravacion, y los ladrones enriquecidos, se han visto respetados. El desgraciado vive hoy familiarmente con su igual, y mañana se verá obligado á servirle. La fatalidad se ha apoderado de

todas las clases, porque todas se han entregado á la disipacion y á la codicia.

CCXI. (*)

Mucho menos importa enriquecer una nacion, que alimentarla. La subsistencia es la que le importa, y no la abundancia de rica moneda. Cambia, si es posible, la arena de los campos en oro el mas puro; pero el oro no se muda en alimento, y no arranca de la muerte al desgraciado hambriento. El pueblo puede sostenerse siempre sin dinero; pero sin los frutos de la tierra, no puede vivir un solo dia.

(*) Del Mandarin Lu-Tub, en el siglo 2.º de nuestra era.

CCXII. (*)

Se dice que los buenos Emperadores no amaban los placeres. Ellos los amaban sin duda,

(*) Del Emperador Tai-Tsum ó Tai-Tsu, hácia el año 627 de nuestra era. Era hijo de Chin-Yao-Ti, fundador de la dinastía de Tam, cuyos Príncipes se han puesto todos de acuerdo en moderar los tributos, y modificar el rigor de los suplicios. Chin-Yao-Ti, nueve años antes de su muerte renunció el Imperio en su hijo Tai-Tsum, Príncipe completo, que se acusó él mismo de haber cometido bastantes faltas, sin embargo de que la historia no le tacha ninguna. Gustaba de tomar consejos, y daba á su nacion exemplos de templanza y frugalidad. Fundó en su Palacio

 una

supuesto que se procuraban el mas dulce de todos los deleytes, que es el de hacer felices los pueblos. Han gozado de él durante una larga vida, y lo han dexado á sus succesores como una herencia. Los malos Príncipes son los que no han amado verdade-

---

una Académia, y tuvo la satisfaccion de ver en ella hasta mil discípulos, entre los quales se contaban los hijos de varios Soberanos extrangeros. Tuvo succesivamente dos mugeres, las quales habrian podido ocupar un puesto distinguido entre los letrados. Un dia que hacía un viage de mar, dixo á sus cortesanos: "Mirad; el agua sostiene el navío, y puede sumergirlo." Yo comparo el pueblo á las aguas de la mar, y el Monarca al navío.

ramente el placer, porque han emponzoñado sus dias con la inquietud y el temor, han abreviado su vida, y no han dexado sino penas y trabajos á sus herederos.

CCXIII.

En el poco descanso que me dexan los cuidados del gobierno, gusto de pasearme por la antigüedad: estúdio la historia, me trasplanto á los tiempos de los antiguos Soberanos, y me divierto en descubrir los fundamentos de sus infortunios, y de sus prosperidades. Veo que aquellos que cayeron, fué porque ellos mismos habian preparado su caída; y veo que fueron desgraciados, porque ni sabian conocerse, ni escuchar consejos. Prínci-

pes, vosotros habeis sido constantemente felices, quando habeis escogido Ministros hábiles y fieles; pero si dispensais vuestra confianza á hombres incapaces ó malos, la desgracia os castigará.

CCXIV.

Un Soberano ve siempre satisfechas sus ideas. Si quiere construír, los mas hábiles arquitectos apuran su industria en su favor. Si gusta de caza, encuentra excelentes tiradores de arco. Si ama la música, se ve rodeado de sabios músicos. Es un vaso, del qual toman la forma los licores que contiene.

CCXV.

Jamás he visto que la astucia haya podido sostenerse largo tiempo contra la sinceridad.

CCXVI.

¡Qué facil, y qué dificil es el reynar! Un mal Soberano halla facil la administracion. Levanta soberbios Palacios: abre profundos fosos: acumula tesoros: él quiere: es obedecido: él goza; esto es bastante: el pueblo sufre; ¿y qué le importa? ¡Pero quán laboriosa es la vida de un buen Príncipe! este teme oprimir sus pueblos: toma parte en sus penas: es un padre que vierte lágrimas sobre los males de sus hijos. Quiere el bien, y no siempre puede conocerlo, y busca la verdad que le huye. El pueblo es como un mar tempestuo-

so, y este es el mar que debe domar. Siempre es criticada su conducta, y todas sus elecciones son desaprobadas. Si habla á alguno en secreto, hace nacer mil sospechas. Si tiene alguna felicidad, no es al mérito, sino á la fortuna á quien se imputa. Si experimenta reveses, á él solo se le achacan. Si es severo, le llaman inhumano. Si es clemente, no sabe hacer respetar las leyes. Si hace felíz al pueblo, los cortesanos se quejan. Si hace bien á los Grandes, el pueblo murmura. ¡Véase aquí, pues, qual es la condicion tan envidiada de los Príncipes! ¡Véase aquí la dicha que gozan!

CCXVII. (*)

Del pueblo depende la prosperidad del Estado. Príncipe, que no temes aniquilar el pueblo por enriquecerte tú mismo, mira que te pareces á un hombre que cortaría su carne en pedazos para nutrirse: éste llenaría su estómago, pero el cuerpo perecería bien presto.

CCXVIII.

Hay cierta cosa mas preciosa para los Monarcas, que los

(*) Las máxîmas siguientes del mismo Emperador Tai-Tsum son sacadas de la tabla Cronológica de la Monarquía Chinesa por el P. Couplet, impresa en seguida del *Confucius, sivè scientia sinensis.*

mas ricos tesoros ; y ésta es , las sabias advertencias de sus criados fieles , que lo ilustran acerca de las necesidades del Estado.

CCXIX.

Los vasallos son las armas del Príncipe. Si estos le faltan, ¿de qué le servirán los mas ricos arsenales?

CCXX.

Una larga prosperidad engendra el descuido y el orgullo.

CCXXI.

Hay una cosa que debe imponer sujecion á los mas poderosos Reyes ; y son las miradas de sus vasallos, fixas siempre en ellos.

CCXXII.

El Rey no tiene mas que un corazon , y ese corazon es atacado á la vez por millares de enemigos : los unos intentan sorprehenderle con el aparato de la gloria de las armas ; otros con las delicias del deleyte : estos emplean contra él la adulacion; y aquellos los razonamientos pérfidos y capciosos , el artificio y la mentira : él cuenta tantos enemigos , quantos son los hombres que aman la fortuna y los honores. ¡ Monarcas desgraciados ! Si os hallais un instante indefensos , y si os abandonais un momento á las dulzuras del sueño , ¿ cómo dexaréis de ser vencidos ?

CCXXIII. (*)

Lo que mas importa á un Soberano, es encontrar un Ministro sincéro; y al Ministro, sin desagradar, hacer entender al Príncipe la verdad. Pero los Reyes tienen la oreja delicada; una verdad poco agradable la hiere, y en vez de criados fieles, no encuentran sino aduladores.

(*) Del Emperador Te-Tsum hácia el año 780 de nuestra era. La historia no habla con estimacion de este Príncipe: no porque fuese malo, pues queria el bien; sino porque era débil, y se abandonaba á los lisongeros.



DISCURSOS MORALES DEL EMPERADOR YUNG-TCHING.

Aviso.

Hemos creído obligacion nuestra el dar enteros los tres discursos siguientes, porque no son conocidos, y puede ser que no lo fuesen en mucho tiempo si no aprovechásemos esta ocasion de publicarlos. La moral que respiran les señala el lugar que les concedemos, y ellos reciben un nuevo precio de la dignidad de

su autor. Los hemos traducido fielmente de la version Rusa, hecha por Mr. Leontief, sobre el texto manjur.

El Emperador Yung-Tching, ó mas bien, Yudjen, segun la pronunciacion manjura, es el autor de estas obras. Era hijo de aquel Emperador Kang-Hi, célebre hasta en Europa, por sus talentos y sabiduría. Fué quinto Soberano de la dinastía de los Tsing: y ésta es la de los Manjures ó Mantchues, que ocupa el trono de la China despues de la mitad del último siglo.

Era un Príncipe sabio, vigilante y generoso: socorria á los pobres: reprimia la inquieta ambicion de los Bonces: protegia y alentaba la agricultura; y hacia observar las leyes. Los edifi-

cios públicos, los caminos reales, los canales que unen todos los rios del Imperio: jamás estuvieron mas bien cuidados, ni con mas magnificencia ni economía. Aunque protector y amigo de sus vasallos, que miraba indistintamente como á hijos, no dexó tomar á la nacion dominante, de la qual era el Xefe, superioridad alguna sobre la nacion subyugada.

Prohibió, es menester confesarlo, el exercicio de la Religion Cristiana, que su padre habia protegido. Pero no fué porque este Príncipe ilustrado, que toleraba en sus Estados el mahometismo, y todas las supersticiones de los Bonces, hubiese concebido contra los Cristianos un ciego aborrecimiento. Los Mi-

sioneros de diferentes Ordenes, habian ellos mismos arruinado su crédito con las disputas teológicas, y procesos que intentaban recíprocamente en la Corte de Roma: Súpose tambien en aquel tiempo, que los Ingleses ú Holandeses Cristianos, que freqüentaban los puertos, tenian otras opiniones religiosas; por otra parte, la conspiracion verdadera ó supuesta de los Cristianos contra el Imperio del Japón, inspiraba temores á la China; en fin, el ascendiente que los Misioneros habian tomado sobre los neófitos, hacía sombra al gobierno.

"¿Quereis, les dixo, Yung-
» Tching, que los Chinos abra-
» cen vuestra Religion? Vuestro
» culto no tolera otro; ya lo sé:

» en este caso, ¿en qué pararé-
» mos? ¿en ser vasallos de vues-
» tros Príncipes? Los discípulos
» que habeis hecho, no conocen
» sino á vosotros: en un tiempo
» de revolucion, no escucharán
» mas voz que la vuestra. Bien
» sé que ahora nada hay que te-
» mer; pero quando los barcos
» vengan á millares, podrá ha-
» ber mucho desórden."

Estas palabras, referidas por los Jesuitas mismos, nos descubren los motivos que hacian proceder así al Soberano. Los Misioneros fueron arrojados fuera; pero el Emperador, amigo de las ciencias útiles, conservó junto á su persona los Religiosos matemáticos, prohibiéndoles el hacer conversiones.

Hijo, y padre de un gran-

de hombre, y grande hombre él mismo, Yung-Tching, dió el ser á Kieng-Long, que subió al Trono en 1735: Príncipe célebre por sus conquistas, de las quales hemos visto grabar en París los diseños hechos en la China, y por el elógio de la villa de Mukden, Poëma traducido en Francés por el P. Amiót, y publicado por Mr. de Guignes.

Discursos del Emperador Yung-Tching á los Grandes de la raza Manjura, que le suplicaba concediese á su nacion prerogativas sobre los Chinos.

Vosotros quereis distinguiros de los Chinos por prerogativas par-

ticulares. ¿Ignorais que todos los hombres son igualmente hijos del Cielo? El Cielo ha criado á los Manjures, y ha criado á los Chinos: todos son iguales delante de él, y las virtudes solas, obtienen á sus ojos la preferencia.

El Manjur es un hombre, y el Chino es un hombre. Si me hablais de la diferencia que deben hacer entre los hombres sus buenas y sus malas qualidades, ¿no se encuentran ellas en los indivíduos de una misma nacion? Puede ser que vosotros querrais que en la distribucion de los empleos no mire sino el origen de los sugetos que me sean propuestos, sin considerar sus qualidades personales, ni informarme si son capaces, sino, si son Chinos ó Manjures.

De este modo no emplearía sino á los últimos. ¿Y os atrevereis á darme igual consejo? ¿Puede ignorarse que entre ellos se encuentra un gran número de ambiciosos, de almas venales y de infractores de las leyes, que no piensan sino en sus propios intereses, y en estár siempre dispuestos para engañar á su Soberano?

Yo ordeno igualmente á los sugetos de dos naciones, que se hallan empleados juntos, que se porten mutuamente como amigos y como hermanos: que se ayuden con sus consejos: que arreglen y juzguen los negocios de unánime acuerdo, y despojados de toda pasion.

Que jamás se digan recíprocamente: yo soy Manjur, y tú

eres Chino. Es imposible despojar á una nacion de su carácter. Las posiciones del globo no son las mismas; cada país está vivificado por un ayre diferente, y las influencias del clima, imprimen á cada nacion un carácter que le es propio. Aquí reynan ciertas costumbres, y se distinguen ciertas inclinaciones: otras inclinaciones y otras costumbres, reynan, y se advierten en otra parte. Los Manjures son diestros en el manejo del arco, y los Chinos se distinguen en el arte de escribir. Los hombres son diestros, y vivos en el poniente y en el norte; y en el levante y medio-dia, inteligentes y de talento. La naturaleza los ha formado; ¿quién, pues, osaría, y quién podría resistirla? ¿Qué

serviría emplear la fuerza para quitarles la inclinacion y las costumbres que ella les ha inspirado? ¡O vosotros, que viviís báxo una misma Potencia, reunir vuestros consejos, vuestros talentos y vuestros trabajos, para bien del Estado!

Lo que hace iguales á los hombres, es el haber recibido todos el dón de la inteligencia. Servir al Soberano, serle fieles, respetar á vuestros padres, seguir las leyes de la justicia y de la verdad; y ved aquí lo que la naturaleza prescribe á todos los hombres. Si estos escuchan su voz, no preguntarán antes de escoger un amigo, ¿quál es su origen, y de qué pueblo era su padre? ¿No alabarán sus propios usos para criticar los de los otros:

no creerán que las costumbres de su nacion son las solas dignas de su estimacion; y todas las otras, de su desprecio?

Yo mismo doy de esta verdad un justo testimonio: quando subí al Trono, me dixe, que el mundo entero no es mas que una casa: que todos sus habitadores no son sino una misma familia; y que debia recibir los servicios de todos mis vasallos, sin informarme de su origen. Que sean zelosos y fieles: que sean capaces de concurrir al bien comun y á la prosperidad general, es bastante: ¿qué me importa lo demás? No, yo no admitiré jamás una distincion odiosa entre los Chinos y el hombre de mi nacion. Todo sugeto virtuoso merece mi confianza; y yo des-

echaré al hombre malo de mi propia sangre.

Vivid unidos, amaros los unos á los otros, concededme vuestros socorros con zelo, así como los pies y las manos dan su socorro al cuerpo. Entonces la casa comun será edificada sobre cimientos estables; y entonces nada será capaz de perturbar su paz.

Discurso del mismo Emperador sobre los sacrificios.

Vosotros sabeis que el Sol trae hoy el Invierno. Yo acabo de celebrar la vuelta de esta estacion con un sacrificio en el Templo del Cielo, y bien veis quan bri-

llante y puro es este dia.

Escuchad cómo se explican los hombres ciegos y ligeros: Supuesto, dicen ellos, que los decretos del Cielo son incomprehensibles, ¿podemos nosotros saber si recibe favorablemente nuestras súplicas? ¡Mortales ignorantes y presuntuosos! Quando el Cielo no reciba vuestros votos, reconoced vosotros mismos que estos votos no salen de un corazon sincéro, y que la cólera del Cielo os ha castigado justamente (1).

---

(1) Este pedazo destruye el parecer de aquellos que creen, que los letrados de la China no reverencian sino al Cielo material: Aquí se ve que el Cielo admite ó desecha los votos, segun los méritos de los que le imploran. Es verdad que en la Chi-

Los insensatos dicen que el Cielo no es mas que un ayre puro y vacío, bien lejos de los hombres; que no es verosímil, que nuestras plegarias se eleven hasta él, ni que él pueda llenar nuestros votos. ¿Pero por qué las plegarias de los hombres vanos y estúpidos no son escuchadas? Porque siempre son dictadas por sus pasiones: porque imploran del Cielo el satisfacer sus caprichos: porque no piensan que sus injustas súplicas pueden irritar las potestades celestes.

El juicio del Cielo es justo:

China no faltan Atheistas que afirman que el Cielo no es mas que un ayre puro y vacío. Pero Yung-Tching los trata de insensatos, y los refuta con indignacion.

no protege sino á los hombres honrados, y no dexa sin recompensa accion alguna buena, y siempre persigue el castigo al crimen. El Cielo está siempre presente, siempre cerca de nosotros, siempre delante de nuestros ojos, y siempre delante de nuestros pensamientos. Si levantamos á él nuestras miradas, siempre le hallamos; y si le dirigimos nuestros pensamientos, siempre le encontramos.

Él no conoce acepcion de personas; no consulta, ni las clases, ni el nacimiento; pesa en la misma balanza las acciones de los Reyes, y las de los Mercenarios. Cada uno recibe de él segun sus obras. ¿Has sembrado arróz? tú cogerás arróz. ¿Has sembrado mijo? pues mijo cogerás.

Tú mismo eres dueño de tu suerte : tú mismo puedes escoger el bien ó el mal. Sonda tu corazon : escudriña tu conciencia: ¿es la justicia, es la pasion la que te guia? Si haces mal á alguno, pero con justicia; si le privas justamente de la vida, debes esperar la dicha, porque observas la justicia y las leyes. ¿Haces bien por pasion? ¿y por pasion has salvado la vida á tu conciudadano? pues no debes esperar recompensa alguna, sino temer la venganza del Cielo.

Las pasiones humanas tienen un imperio mas extendido que se piensa : no están siempre unidas á la injusticia, á la hipocresía, á la codicia, á la avaricia y á la envidia : por ellas se buscan freqüentemente la gloria y el ho-

nor : se obtienen elogios : se adquiere consideracion : se logran dignidades : se siguen las miras del Soberano ; y se trabaja para recomendar el nombre á los siglos venideros.

Conservad siempre la verdad en vuestros corazones, haciendo los custódie la prudencia : arrojad la pasion : observad la justicia ; y así agradaréis al Cielo, y no entrará en vuestro corazon pensamiento alguno contrario á la equidad. El Cielo os protegerá de un modo visible, y os conservará vuestra dicha (1).

---

(1) En este discurso se ve que los Chinos no esperan sino recompensas materiales en premio de su devocion. Los Indianos y los Egipcios hallaban en la transmigracion de las

Quédame una queja que daros. Si yo os concedo alguna recompensa, si pago vuestros servicios con alguna gratificacion, á mí solo es á quien dais gracias. ¿No sabeis que nada os doy que sea mio? El sudor ensangrentado del pueblo, la médula del desgraciado Labrador es lo que os distribuyo.

Se implora el Soberano: se solicitan los Grandes: no se piensa sino en obtener gracias; pero se descuida el ayudar al pueblo,

---

almas el castigo del crimen, y en su reunion al Ser Supremo, la recompensa de la virtud. Pero los letrados Chinos, que han descuidado siempre las ideas metafísicas, no parece se hayan elevado hasta el dogma de una vida futura.

ilustrar al Labrador, y procurarle la abundancia: ¡y esto es ser inocente! ¡y se duerme con sosiego, y sin remordimientos!

Nuestra obligacion está encerrada en un solo punto, y ésta es el hacernos útiles á la patria, y seguir las leyes de la justicia.

Instruccion del mismo Emperador á sus Generales.

La felicidad de los hombres está fundada en la templanza y la moderacion. La disipacion y el luxo son la causa de su ruina, y los exponen á los rigores del frio, al suplicio del hambre, y á to-

dos los horrores de la miseria.

Yo mismo tengo la prueba de ello en mis Manjures. Quando sus costumbres éran austéras, quando observaban la continencia, vivian felices, y cada uno de ellos podia costearse los gastos de todas las campañas. Ahora que tienen una vida afeminada y voluptuosa, experimentan todos los males que la indigencia trae consigo.

Vosotros sabeis con qué vigilancia he cuidado de los dias y de la felicidad de mis guerreros, y sabeis quantas leyes he promulgado para arreglar sus costumbres. ¡Cuidados inútiles! nada ha podido arrancarlos del luxo y la disipacion.

Hoy veo á casi todos vender sus casas, y quanto poseen, para entregarse á los excesos de la mesa. El gasto de una sola comida podria mantenerlos muchos dias, y les cuesta y absorve la paga de un mes entero. Ya se disgustan de lo que en otro tiempo componia su subsistencia: no calculan su renta con su gasto; y al punto que reciben su soldada, se les escapa de las manos. Apenas el arróz de municion se les distribuye, quando lo llevan al mercado, apresurandose á darlo por lo que les ofrecen.

Mas quando, despues de haberlo disipado todo, se hallen sin recurso, ¿de qué vivirán? Ni aun el arróz tendrán. Preciso será vestirse; ¿pero con qué? Entonces empezarán las murmuraciones; pero aun entonces no sabrán arrepentirse de su disipacion, ni

atribuír á ésta su miseria.

Yo miro la incontinencia como efecto de la costumbre; pero por lo mismo no es facil superarla una vez contraída, á menos de hallarse bien persuadidos por la experiencia, á que jamás nos procura bien alguno verdadero. En efecto, el placer que causan los manjares, solo dura el corto tiempo que empleamos en gustarlos.

Pero quando aquel que ya está acostumbrado á comer bien, se ve obligado á carecer de ello, y no ve en su mesa sino arróz cocido con agua, no lo come sin gran disgusto, y le parece que no puede tragarlo: en cuyo caso, la tristeza estampada en su frente, publíca bien que se cree desgraciado. Él no piensa que es

menester dar gracias al Cielo por un solo plato de arróz para mantenerse con él, con alegría y reconocimiento, ni que el Cielo no dexará de castigar con la pérdida del bien estar (1), un disgusto acompañado de tanta ingratitud.

No sabré exhortaros bastantemente, ¡ó guerreros! á desechar todo lo que mira al luxo y á la disipacion. Si escuchais, si observais mis consejos, algun dia sereis reconocidos á mi zelo y á mis desvelos por vuestra fe-

---

(1) Nueva prueba de que la felicidad temporal es la recompensa que los Chinos esperan del Cielo; y que la pérdida de aquella, es el castigo que ellos temen.

licidad; protestandoos en este momento, que me hallaréis siempre dispuesto á concederos gratificaciones tales, que os procuren la comodidad y la dicha.

¡O vosotros! Príncipes y Grandes, ¡haced que vuestra moderacion sirva de exemplo á los guerreros que os obedecen! Luego que ellos vean á sus Xefes abrazar costumbres mas austéras, se corregirán por sí mismos, y bien prestro manifestarán horror á esta vida floxa y desordenada, que miran hoy como sus delicias.

Yo no puedo mirar con indiferencia á mis Manjures. ¡Ah! ¿No sería yo culpable, si abandonára el ilustrar á unos hombres que son mis mismos huesos y mi misma carne? ¡Cómo! ¡ay de mí! ¡Cómo callaría yo al ver

el estado deplorable, en el qual ellos mismos se han sumergido!

Los disipadores y los hombres perdidos, condenan mis mas justas leyes, haciendo repetir á los ecos, que soy un Soberano demasiado duro. ¿Es en mí una dureza el haber prohibido la embriaguez, vicio despreciable, que corrompe todas sus buenas qualidades, que produce las querellas y los ódios, y que arrastra tras de sí la desgracia y la ruina?

¿Es una dureza el haber prohibido á mis guerreros el juego, que despoja á los hombres de sus bienes, y hasta de su subsistencia: que los reduce á la miseria: que está prohibido por las leyes; y que aun sin ellas, jamás dexa de ser castigado?

¿Es dureza el haber prohibi-

do los Teatros, y los juegos públicos de pelota, en donde se juntan en tropas los disipadores, y compran un gusto bien corto por mas de lo que importa un mes entero de su soldada?

¿Es dureza el haberles prohibido las luchas de Gallos y Codornices: placer que distrae al hombre de todo pensamiento útil: le hace postergar sus negocios mas importantes; y hasta sus mismos deberes: apaga en él el deseo de instruírse, y le hace al fin el esclavo mas humilde y sumiso de un vil animal?

¿Es dureza el haber impedido las violencias y las supercherías?

¿Es dureza el haber prohibido á los Soldados hacer el servicio los unos por los otros? ¿Con-

viene al guerrero no cumplir con sus obligaciones, y sacrificar su paga á la pereza? Y, si se trata de combatir, aquel que ha empeñado su vida por su camarada, ¿manifestará mucho valor?

¿Es dureza el haber prohibido vender, y hasta empeñar adelantado, como se practicaba, el grano de municion, subsistencia necesaria del Soldado, de su muger y de sus hijos? ¿Cómo volverá á comprar despues este grano, que la disolucion le habrá hecho vender á un vil precio? ¿Será justo que él perezca con toda su familia?

¿Es dureza el haber prohibido los gastos fastuosos, en los casamientos y los entierros; haber mandado que cada uno se vista segun su clase, y haber es-

tablecido una diferencia entre los hombres titulados y el vulgar obscuro? ¡Mejor sería, sin duda, permitir una ruina general por una necia envidia de brillar!

¿Es dureza el haber prohibido hacerse un oficio de los procesos, de embrollar la verdad, de envolverla en mil astucias, hacer al inocente criminal, y al culpado inocente?

¡Véase, pues, lo que se me echa en cara! ¿Pero he prohibido alguna cosa que debiera permitir? Todas estas prohibiciones, ¿no tienen por objeto vuestras ventajas? ¿No las he hecho por vuestra felicidad? Bien conoceis todos, que ellas me han sido dictadas por el zelo que me inspira vuestro interés. ¿Merecen, pues, estas prohibiciones, que me manifesteis vuestro reconocimiento, ó que me acuseis de duro é inexôrable?

Pero solo los hombres perdidos, viciosos y corrompidos, se atreven á acusarme, porque no me perdonan el haber puesto obstáculos á sus excesos. Mi pretendido rigorismo, lejos de inspirar terror á los hombres honrados, no puede dexar de agradarles.

Facil me sería el hacer amar mi clemencia y mi dulzura á los disipadores, á los desenfrenados y á los perversos, abandonandolos á sus perniciosos caprichos, á su disolucion y maldad. Pero yo no puedo ser su cómplice, ni ver con tranquilidad la desgracia de mis vasallos.

Discurso del mismo Emperador contra la pasion del juego. (*)

No obligueis á vuestro Emperador, que no es sino vuestro padre, á no ser sino vuestro juez.

(*) Este pedazo, traducido por el P. Amiót, fué comunicado manuscrito á Mr. Dusaulx, de la Académia de las bellas letras. Este sabio literato, que ha consagrado sus talentos á la virtud, ha respetado las ideas de este discurso, animandolas con un estilo entero y enérgico, y lo ha insertado en su libro *De la Pasion del juego*, impreso en Pa-

Freqüentemente os he repetido, que los hombres no somos dichosos sino amando la virtud; esto es, haceros entender que nuestros vicios destruyen necesariamente la beneficencia, la concordia y la felicidad. De todos los vicios no conozco otro mas dañoso que el furor del juego. Nosotros Manjures, buenos, sincéros y socorredores, en otro tiempo afectos á nuestros deberes, ocupados unicamente del cuidado de cumplir con ellos; no-

rís en 1779. Tambien se halla en las Memorias de la Académia de las inscripciones y bellas letras. Hemos creído deber adoptar aquí esta pequeña obra, báxo la forma que Mr. Dusaulx la ha dado, y en los terminos que la ha revestido.

sotros, que dabamos lo superfluo, que tomabamos de lo necesario para asistir á los pobres, eramos bien diferentes de lo que somos: eramos generosos: nuestros pasatiempos eran honestos, y nuestros juegos inocentes: todo está mudado.

Yo, que todo lo veo, que todo lo entiendo y oygo desde el fondo de mi Palacio, y que estoy vigilante freqüentemente quando el crimen urde su trama en las tinieblas: yo, que (vos lo sabeis) detesto la mentira mas que temo á la muerte, afirmo que no hay manía mas fecunda en calamidades públicas y secretas, que la de que se trata. Sí, afirmo que no hay hombres mas ásperos que los jugadores, ni mas inclinados al mal: ellos mismos

se causarían horror si se conocieran mejor. Yo los conozco, escuchad pues.

¿Por qué el ladron y el jugador, que por tantos títulos se parecen, continúan quasi siempre en sus vicios? ¡Ah! es porque comenzaron.

Qualquiera que no sepa resistir los primeros cebos, atiza un fuego que bien presto no podrá apagar. Al principio no se juega sino por complacencia ó por ociosidad: se emplean en ello algunos momentos: luego horas: mas adelante dias, y despues noches enteras; y encendiendose de este modo la pasion por grados, devora el tiempo, mas precioso que el oro, y hace olvidar las obligaciones mas sagradas.

La costumbre, una vez ar-

raigada, ya no conocen los jugadores, ni respiran otra cosa sino el hazár. Su rabia no acaba con los alimentos que la nutren, y en vez de retirarse del juego, quando lo han perdido todo, se secan en él porque no pueden continuarlo, pero miran jugar.

El uno abandona sus encargos públicos, y el otro afloxa en el arte que le hace subsistir á él y á su familia; de modo, que incapaces de todo, solo sueñan en el juego. Para seguirle, venden sus casas y sus tierras; y despues que se destruyen, se venderian ellos mismos; ¡tanto el deseo y la esperanza de ganar los ciega!

¡O insensatos! ¿Qué quereis? ¿qué esperais? ¿arruinarnos impunemente? La ruina en este ofi-

cio es la partija del mayor número: los que hoy prosperan, mañana son miserables. Sin embargo, ellos triunfan, y nada dudan quando han despojado á alguno: esperad, que ellos serán despojados á su vez.

Á pesar de igual suceso, se les huye y se les detesta. Las gentes honradas los señalan desde lejos, como el terror y el oprobrio del país: guardaos bien, dicen: la necesidad que les atormenta, supone todos los vicios, ó se los sugiere.

Irascibles, y no menos pérfidos, tan presto emplean el puñal por un gesto y por una palabra, y tan presto engañan y arrojan al precipicio á los compañeros de sus desórdenes.

¿Quál es el fin del jugador?

pregúntalo á aquellos, cuyos amigos se han expatriado de este dichoso clima: á aquellos, cuyos parientes se han quitado la vida por evitar un suplicio: pregúntalo, sobre todo, á los padres, que por haber abandonado la educacion de sus hijos, llevarán hasta el último suspiro el duelo del honor.

Yo prohibo el juego. Si alguno desatiende mis órdenes, desatenderá á la Providencia, que nada fortuito admite: se opondrá al voto de la naturaleza, que nos grita: "Esperad, pero tra- „ bajad." ¿No los ha criado ella sin conocimiento de los raptores de toda especie, pues que las generaciones mas ó menos florecientes se han succedido, y que la raza humana subsiste todavía?

Si me ayudasen mejor, no veria el Sol un pobre en toda la extension de mi Imperio. ¿Qué puede la voluntad de uno solo, contra las voluntades ambiciosas y discordantes de tantos millones de hombres, que suspiran por lo superfluo, y cuya medida jamás se llena?

Este eterno suspiro, y estos votos insaciables, son los que hacen los jugadores prosternados á los pies de sus ídolos: como si la suerte, el hazár ó el destíno, les debieran alguna preferencia: ó mas bien, como si estos seres fantásticos tuvieran ojos y oídos para verlos y escucharlos.

Es cosa legítima y natural, el procurar enriquecerse por medios honestos: la emulacion general es provechosa á todos; y

así, nada he escusado para aumentarla y mantenerla.

Desde el principio de mi reynado, hice conocer por actos auténticos, que la emulacion y la libertad eran los solos medios de desterrar el luxo, la molicie y los juegos de hazár; y traté de remediar, en quanto era posible, la desigualdad de las riquezas; y sobre todo, no olvidé el allanar el camino de la fortuna á los necesitados, que lo son por culpa suya.

He hecho lo que he podido; y aunque lo hubiera hecho todo, no hubiera triunfado de los abusos renacientes, que arrastran tantas pasiones contrarias: no habria defendido á la prudencia de los reveses inopinados; pero ésta, bien diferente del furor que

proscribo, hace que tarde ó temprano, la paciencia y la virtud sobrepujen á la desgracia, ó á lo menos la representen digna de veneracion.

Oficiales, Soldados, y vosotros que me perteneceis por los vínculos de la sangre, si me amais, si respetais á vuestro Príncipe, no seais jugadores. Encargados de proteger nuestras fronteras, y de mantener el órden en lo interior de mis Estados, debeis dar exemplos de costumbres y justicia, como que sois su apoyo.

El honor, el trabajo y la economía, son los depósitos de donde vuestros iguales deben sacar la utilidad para lo presente y lo futuro. Teneis vuestra paga: aprovechadla: algunos tienen tierras, que las hagan valer; y

quando las cosechas sean abundantes, piensen en la esterilidad.

No trateis, sin embargo, de imitar á aquellos que paran en avaros quando dexan de ser pródigos: gozad, pero haced gozar; porque podeis llegar á ser pobres.

Ya os he mostrado lo que es el juego: ¡logren mis preceptos sofocar en vuestros corazones esta pasion que consterna al mio!

Ya me habeis escuchado. Lo digo con sentimiento, Manjures, al fin es menester declararlo: yo castigaré á los infractores, sean los que sean: yo los castigaré, os he dicho, y los castigaré aunque sean mis propios hijos.

Por la última vez os digo,

que aún es tiempo de que los jugadores se corrijan, pero sin dilacion.

Fragmento del Emperador Kien-Long (*) sobre la caza.

Nuestros mayores han marchado sobre las huellas de la virtuosa antigüedad: ellos miraron la

---

(*) Despues de haber recopilado los pensamientos morales de todos los autores Chinos que nos han hecho conocer, no podemos omitir al Emperador Kien-Long. Hemos escogido en el Elógio de la Villa de Mukden, el solo pasage que tiene

caza báxo los puntos de vista que son verdaderamente dignos del sabio. Cazaron para procurarse una diversion honesta: cazaron para asegurar á los propietarios de las tierras las producciones de ellas: cazaron para impedir que los animales dañinos

---

ne alguna relacion con nuestro objeto, y no hemos hecho mas que transcribir la traduccion del Padre Amiót.

Mukden, cuyo coronado Escritor ha sido el argumento de su poéma, es una Villa de los Manjures, situada báxo los 41 grados, 50 minutos, 30 segundos de latitud, y 7 grados, 11 minutos, 50 segundos de longitud, á contar desde el meridiano de Pekin. Esta Villa está indicada en algunas Cartas nuestras báxo el nombre de Cheniang.

no se multiplicasen demasiado; y cazaron ultimamente para poder exercer sus ceremonias, y practicar sus ritos (1).

Y no se crea que la caza les haya robado jamás un solo momento de los que debian emplear en otros objetos de importancia; ni imaginarse que la ha-

---

(1) En cada estacion del año tenian los Chinos alguna ceremonia relativa á la caza. En la Primavera escogian los cazadores, y los enviaban á determinar el parage en donde habia de hacerse la caza: en Verano los enviaban á espantar las bestias, é impedirlas el hacer daño; y en Otoño se hacía la gran caza para destruir los animales perjudiciales. (Nota del P. Amiót).

yan practicado en todas las estaciones. Jamás impidieron á la útil Morera el arrojar sus tiernas hojas, ni á los que de ellas forman su riqueza, el cogerlas. Jamás dexaron de sembrar la tierra, de cultivarla á su tiempo, y de hacer su cosecha en su debida oportunidad. No se les vió levantar altos muros al rededor de un vasto terreno, ensancharlo seguidamente, despues aumentarlo todavía para hacer un Parque inmenso, compuesto de lo que antes servia para subsistencia del pueblo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.